

La Teoría de los Sabuesos

J. Dylan Smith



Capítulo 1

Ellos no tienen alma, son simples perros sin vida; La gloria es su tesoro máspreciado, pero también la causa de su autodestrucción.

*Shirrel Niverson.
De La Teoría de los Sabuesos.*

Capítulo 2

Prefacio:

Susurro.

La viuda del nueve once estaba viendo el cielo estrellado desde la terraza de su mansión cuando recibió una llamada. Estaba vestida de negro, como de costumbre; había optado por la vestimenta desde el asesinato a su esposo. Caminó, dos pasos a la vez, lentamente. Cuando llegó hasta el teléfono, se encontró con su figura retratada en el espejo del frente; había una mujer de alma triste, con los labios exageradamente pintados de rojo. El cabello negro como el carbón le rosaba el cuello, y el iris de sus ojos refulgía con un hermoso color gris. La triste pero hermosa figura destellada en el cristal tomó el teléfono, dormido sobre una mesa de cristal, y habló con voz delicada.

—Buenas noches. ¿Con quién tengo el gusto?

Pero la voz que respondió no compartía la misma amabilidad que ella. Estaba cargada de ira, odio, y muerte. La frecuencia era irreconocible, y la fuerza estática que se desprendía del teléfono solo producía miedo.

—No tengo tiempo para bromas de mal gusto.

La viuda quiso colgar, pero desde el otro lado del teléfono se escucharon gritos de dolor, como si estuvieran golpeando a alguien.

—Tú serás la siguiente... —la voz del emisor estaba camuflada con un sonido agudo, como la gruesa tonada de un monstruo antiguo.

La viuda soltó un gemido de impresión, y el teléfono se le resbaló entre los dedos. Retrocedió, con las manos tendidas sobre su boca. A su mente llegaron imágenes oscuras, rojas, y oscuras otra vez; Un extraño escalofrió recorrió su cuerpo, y una sensación semejante al miedo dominó su alma. Los recuerdos de su esposo, ácidos como el limón, dominaron su mente. Y entonces, un pensamiento tardío se convirtió en un suspiro de terror:

—Orrel.

De algo la viuda estaba segura, la vida de Orrel Di Stefano corría peligro.

Capítulo 3

12:42 PM

CALLE ESPERANZA, SUR DE HELL MIST. OREGÓN.

Detective Mharta Orwens.

Las luces de la patrulla perfilaban su cara en dos colores, rojo y azul a la vez. El viento nocturno soplaba sobre la angosta calle, rodeada de penumbra y oscuridad.

El cuerpo muerto y aún caliente descansaba en la cabina de basura, silencioso, con los ojos redondos tan abiertos como apagados de vida. En los labios inchados llevaba una nota escrita con tinta roja; aunque para ese momento era difícil saber si era exactamente tinta roja. Las pequeñas aves de la muerte danzaban sobre el cadáver. Estaban hambrientas, les atraía el delicioso olor que desprendía el cuerpo sin vida.

<<Malditas moscas>> Martha les dedicó el primer pensamiento en muchas horas.

Sobre ella se extendía un cielo oscuro, áspero, repleto de puntos blancos que destellaban con cada latir de su corazón. La niebla color de plata, densa como el profundo mar, acariciaba las paredes que se ensanchaban como torres hasta desaparecer a lo largo del callejón, entre la lejanía y la oscuridad. Un silencio lúgubre se alzaba victorioso sobre los débiles sonidos del tráfico distante, cuya eufonía era tan insignificante como la vida misma.

Mharta se acercó un poco más a la cabina de basura, un paso a la vez, y el cadáver pálido y ensangrentado la recibió con sus brazos torcidos y extendidos hasta la espalda. El cuerpo muerto se veía tan extraño boca arriba: por el pecho desnudo un alambre de púas mordía la carne del cadáver dejando un rastro de hoyos profundos hasta las entrañas, y el rostro estaba tan deforme que parecía un bulto de moras sangrientas.

<< ¿Cómo Pudieron Hacerte esto? >> Mharta pasó sus delicadas manos por su dorado cabello, y sintió la angustia reposando sobre su cuello, muy por encima de la chaqueta negra y la camisa azul que cubrían su cuerpo.

Los ayudantes de la muerte (o mejor dicho forenses) no habían llegado aún. Llevaban más de dos horas de retraso. Quizás el tráfico congestionado se había opuesto a su labor y a su puntualidad, o tal vez el reciente asesinato del quien fuera en vida uno de los detectives más

importantes de Hell Mist le valiera un bledo. Orel Di Stefano había sido un hombre brillante; era apuesto, fornido, y muy bueno en la cama. Pero esas cualidades, tan grandes en tiempos remotos, se habían esfumado con Orrel hacia el infierno, donde no había más que almas retorcidas y sin vida.

<< En la vida no existe gente buena, —se dijo Mharta más de una vez—, y si no existe gente buena, no puede haber un cielo que puedan ocupar >> Ella también iría alguna vez al infierno, se encontraría con Orrel y quizás fornicaría con él en una fosa repleta de fuego, con mucha gente quemándose detrás de ellos.

A poca distancia, no más de un metro, el detective Nick Harbor atendía al teléfono y hablaba con una intensidad tan abrumadora que Mharta pensó que su voz iba a despertar al mundo entero. Nick era alto, y la chaqueta de cuero negro resaltaba sus hombros anchos y su cintura mediana. El cuerpo de Nick tenía la extraña forma de una V: hombros anchos y abdomen fino. A Mharta le atraía la curiosa forma de su amigo, aunque en ese instante, su cabeza estaba envuelta en otros tipos de pensamiento.

<<Oh, Di Stefano >>

—¡Maldita sea! —Nick colgó el teléfono, y caminó a paso vivo hasta donde su compañera esperaba.

—¿Pasa algo? —La voz de Mharta era suave, como el viento.

—Al parecer Orrel recibió una llamada antes de morir. Lo citaron a este mismo lugar.

Mharta sintió que los huesos se le erizaban.

—¿Algún indicio de quién lo llamó? —Mharta le dedicó una mirada fija a su rubio compañero. El viento gélido danzaba sobre ellos con un ritmo ahogado.

—La voz que registraron de su interlocutor estaba distorsionada, no tenemos ni idea de quién pudo ser y si tiene algo que ver con su asesinato.

—Últimamente Orrel estaba muy extraño. —Mharta mordió sus labios, y miró al cadáver por décima vez—. Ese caso, el de la viuda del nueve once, lo tenía casi al borde de la locura.

—El oficial James me ha informado que los forenses no tardan en llegar. Le he solicitado que nos envié refuerzos, debemos recoger la

mayor cantidad de pruebas. Quizás el asesino aún ande por allí.

—¿Dónde está la mujer que halló el cuerpo? —Mharta miró en todas direcciones— no la veo en ningún lugar.

—En la patrulla —Respondió Nick, con el ceño fruncido—. Me ha pedido que la lleve a su casa.

—Iré a interrogarla. —Mharta se dispuso a caminar hasta la patrulla, pero un pensamiento curioso la detuvo—: ¿Dónde está el detective Benneck Stuart? ¡Ya debería estar aquí!

—Lo he llamado, pero no contesta. Debe estar metido en un asunto importante.

—Espero que así sea —Mharta entrecerró los ojos— sino se las verá conmigo.

Capítulo 4

12:30 PM

BURDEL LAS DESOLADAS, AFUERAS DE HELL MIST.

DETECTIVE BENNECK STUART

Ben posó sus pulgares sobre los pezones blandos de Erika y los masajeó delicadamente; la mujer estaba acostada sobre la cama, desnuda, gimiendo por cada caricia que él le regalaba a su pecho. Ben, por encima de ella, descendió suavemente por su abdomen, besándolo con sus finos labios. Y detuvo su recorrido allí, debajo de sus muslos, donde florece la delicada rosa del amor.

—Oh, por favor Ben. —Decía ella, con la voz entrecortada.

Él volvió a posarse sobre ella, y le besó los labios. Suavemente, se unió a ella con la semilla que posee todo hombre, y que para Ben era la mejor arma contra una mujer. La cama se estremeció con una intensidad cargante de pasión, y los gemidos suaves de Erika cesaron lentamente mientras una sonrisa dominó su rostro.

—¡Qué bueno eres!

Aquello fue más que un cumplido para Ben. Erika era una de sus favoritas en la cama, pero últimamente se estaba aburriendo de ella; la mujer era delgada, de pechos rebosantes y cabello rojo ardiente, cualidades que Ben adoraba de toda mujer y que lo engrandecían cada vez que se las llevaba a la cama. Las prostitutas habían sido un pasatiempo refugio y una salida perfecta para tantos problemas de trabajo; Ben estaba decidido a renunciar a la atareada labor de un sabueso, pero Orrel di Stefano, su mejor aliado y confidente, no se lo permitía. El muy imbécil siempre metía las narices donde no debía...

—¿Por qué tan pensativo? —Erika acarició con su delicada mano derecha la entrepierna desnuda de Ben.

Él no hizo caso a la pregunta de su amante de turno. Su cabeza y los pensamientos que la habitaban solo podían enfrascarse en una sola cosa: lanzar todo al caño. Orrel le había dicho más de una vez que la vida de un sabueso está orientada a la verdad, y a todo lo concierte a ella. Una vez, Ben le comentó la verdadera causa de su unión a los sabuesos; había sido obligado por su padre, el famoso detective Grenm Stuart: un viejo áspero como el limón, de ideales perfectos y conducta recia... pero estaba muerto, así que ya no importaban tales palabras de engrandecimiento. El viejo había muerto de un infarto mientras cagaba. Para Ben fue lo más

gracioso de su vida, pero para los sabuesos no exactamente igual. Y, aunque la pesadez del viejo se había ido a la tumba, Ben aún recordaba las hermosas palabras de orgullo que su padre, siempre le dedicaba:

—Tú no pareces ser mi hijo —le dijo una vez, mientras cenaban en familia— estarás destinado a ser un pobre diablo al que consolarán las prostitutas.

Y tuvo la razón, como casi siempre. Ahora Ben llevaba la fama del apellido en sus hombros, y mientras más pasaba el tiempo, más la hacía pedazos.

—¿Cuánto te debo? —Ben se levantó de la cama. El calor penetraba su piel desnuda, y el olor a miseria comenzaba a hacer efecto.

—Llevas más de un mes follándome y no recuerdas cual es mi precio.

Ben lo recordaba, pero esta vez quiso preguntar a modo de intuición.

—A veces olvido las cosas —Ben se puso el Jeans azul, la camisa blanca, y sobre ella, el chaleco negro que tanto le agradaba.

—Espero que nunca olvides visitarme. —Dijo Erika, cuando Ben acababa de vestirse.

—Yo tampoco lo espero —Pero lo haría, de eso no tenía ninguna duda—creo que esto es suficiente para ti. —Dejó veinte dólares en la cama, y tomó su celular, que descansaba sobre una mesita retorcida.

—Te esperare mañana, no faltes. —Erika toco sus senos, como a modo de placer.

Ben no se despidió ¿para qué despedirse de una prostituta? Tras cerrar la puerta de la habitación de desconsuelo (o al menos para él) las risas ebrias inundaron el mundo de luz rosa que rodeaba el salón principal del burdel. Sobre la tarima, que se extendía en el centro del salón, una mujer morena movía su cuerpo desnudo suavemente; sus senos, rebosantes y amplios, seguían el ritmo lento de la música mientras un millar de manos varoniles se erguían a su alrededor repletas de billetes, monedas, y joyas preciosas.

Él Salió del burdel un tanto pensativo, y la fría noche lo recibió con su oscuridad despreciable. Su coche, un Dodge Viper, estaba estacionado cerca de un arce viejo y sin hojas; las ramas torcidas del árbol añejo dibujaban manos afiladas sobre el cromado metal de su auto, y el viento que soplaba desde el norte traía consigo polvo y soledad; el burdel las desoladas estaba rodeado por un paisaje desértico, casi sin vida.

<< Maldito lugar >> se dijo, mientras caminaba hasta su auto. Y, Aunque sus pensamientos maldecían una y otra vez a aquel lugar de muerte, su arma más fuerte bendecía a las mujeres que lo habitaban.

Sacó las llaves del pantalón, y cuando quiso abrir la puerta...

BIN, BIN, BIN.

El sonido de su celular, que perfilaba en la pantalla táctil "Llamada entrante, Nick" le hizo sentir una extraña impresión. Algo había pasado, sino ¿para qué un detective llama a otro detective a altas horas de la noche?

—Nada bueno. —se dijo, y contestó la llamada.

Detrás de la asonancia intermitente, su interlocutor parecía expresar con su voz sólo una desesperación inquietante.

—¡Maldita sea Ben! te he estado llamando por más de una hora y tú no contestas. ¿Dónde rayos estás?

—No vale la pena contártelo. Dime, ¿Qué ha pasado?

—Es Orrel Ben. Sé que no te gustará lo que estoy a punto de decirte... pero te necesitamos aquí. Ha pasado algo muy grave.

—Suéltalo de una vez. —Algo que comprometía a su buen amigo Orrel nunca optaba por ser bueno.

—Orrel fue asesinado. Recibimos la llamada de una mujer que encontró su cuerpo tirado en una cabina de basura. Lo siento Ben. Sé lo que Orrel representaba para ti.

Ben sintió, quizás por primera vez, que un extraño escalofrió recorrió su cuerpo; iba cargado de dolor y mucha ira. Sus pensamientos se volvieron grises, sensibles.

—En pocos minutos estaré allá. Mándame la dirección por mensaje de texto. —Colgó el teléfono, y por primera vez en mucho tiempo, dejó salir las lágrimas que nunca derramó por su padre.

Capítulo 5

CALLE ESPERANZA, SUR DE HELL MIST. OREGÓN.

Detective Mharta Orwens.

—¿Cómo has encontrado el cuerpo?

Mharta Orwens humedeció sus labios tras hacer la pregunta; la mujer trigueña, sentada junto a ella en los asientos traseros del auto, negó con la cabeza mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Todo sucedió tan rápido. —la voz de la mujer era aguda, inquietante—. Sólo fui a botar la basura, como lo hago de costumbre cuando salgo del trabajo. Pero cuando abrí la cabina —la mujer se echó a llorar como una estúpida niña de seis años.

—Ya, no tengas miedo —Mharta se acercó un poco a ella, y le acarició el cuero cabelludo—. Nada te va a pasar.

—Abrí la cabina —Prosiguió la mujer, un tanto más calmada—. Y encontré el cuerpo de ese hombre tendido entre la basura. Fue cuando llamé al novecientos once para informar lo sucedido.

La mujer era joven, tenía como veinte años a lo sumo. Era morena, de cabello ondulado y cuerpo delgado. Llevaba un traje de moza que resaltaba sus brillantes piernas trigueñas, y dos lentes perfectamente redondos que descollaban su rostro perfilado. Mharta sintió que el miedo doblegaba a la muchacha, y que ahora, su vida jamás volvería a ser igual.

<<Ahora nunca volverá a botar la basura>> pensó, y se rió dentro, muy dentro de su alma.

—Te llevaremos a tu casa, mientras, mantente en la patrulla.

La mujer afirmó con la cabeza, y recostó su cuerpo entre los cojines traseros del auto. Mharta volvió a la cabina de basura, ahora invadida por un montón de policías y forenses; estaban levantando el cuerpo para llevarlo hasta la ambulancia que descansaba allá, entre un poste oxidado y un cartel de las mismas características.

Había un montón de camarógrafos y reporteros, todos posaban con sus micrófonos delante de las cámaras, dirigiéndose a los receptores con una misma pregunta:

—¿Quién asesinó a Orrel Di Stefano? —Dijo una muchacha, rubia, que pertenecía a una de esas cadenas muy famosas de Televisión— Otro misterio que se le adjudica a la justicia de Hell Mist.

<< No Hay Justicia que valga en este mundo. >> Pensó Mharta mientras se mordía los labios.

Un montón de policías resguardaban la entrada principal de la calle, que por una razón inexplicable se llamaba esperanza. El oficial James, jefe encargado de la justicia de Hell Mist, estaba siendo entrevistado por una jauría de reporteros, entretanto los oficiales criminalistas recogían cada pequeña prueba esparcida en el lugar; la nota que llevaba Orrel en la boca fue la primera en recogerse y al parecer, la única encontrada.

Dos forenses recogieron el cuerpo, y lo tendieron sobre una camilla blanca y delgada, y lo cubrieron con un manto oscuro semejante al carbón.

<< Buen viaje, mi gran amigo >> caviló, cuando el cadáver pasó junto a ella. Aunque Orrel había sido más que un amigo para ella: había sido su amante y confidente. Días antes, cuatro soles atrás, Orrel le había comentado algo sobre el destino de Hell Mist, y de los detectives a los que él mismo llamaba sabuesos. Mharta nunca llegó a deducir la causa de las anécdotas de su amante que, siempre dejaban a todos en un barco sin rumbo.

—Mharta, mi buena amiga —Le dijo Orrel una vez, después de haber tenido sexo con ella—. Un sabueso no es más que un hombre entregado a la verdad... no un perro que siempre busca algo de dónde comer.

Para aquel entonces, Mharta no había entendido lo que quería expresarle su buen amigo. Pensó que las palabras de Orrel se debían al efecto del orgasmo, o las drogas que usaba para levantar su polla. Al fin y al cabo, ¿qué importaba en ese momento?

<< Seguro me dijo ramera>> Mharta dibujó una mínima sonrisa en sus labios. << Maldito bastardo, ¿quién pudo haberte asesinado?>> Mharta quería llorar, pero no podía, por más que se esforzaba las lágrimas ya no salían de sus ojos.

Del otro lado de la calle, un auto se estacionó con una fuerza abrumadora.

“Debe ser Ben”, intuyó Mharta.

Y tenía razón, era el Viper de Ben, quien bajó del auto rápidamente y... parecía que lloraba. Eso a Mharta le pareció muy extraño, mucho más

que las anécdotas de Orrel.

—¿Dónde está? —Preguntó cuándo estuvo cerca de Mharta, mirando a todos lados.

Mharta vio en Ben sólo tristeza, aunque era muy difícil de creer. Detrás de aquel hombre joven, musculoso, alto, de ojos tan azules como el mar y de cabello castaño brillante se ocultaba una criatura sensible. Y si así era, detrás de la figura adusta de ella también había algo, pero Mharta esperaba nunca descubrirlo.

—Se lo han llevado Ben, examinarán su cuerpo para descubrir cuáles fueron las verdaderas causas de su muerte. Nick ha ido a patrullar las calles de Hell Mist, con más de cuarenta patrullas al mando.

Ben no dijo nada. Se derrumbó contra el asfalto inerte que se esparcía en el suelo. Mharta se colocó junto a él, y lo abrazó con fuerza. Ella sabía perfectamente que Orrel había sido como un padre para Ben; lo aconsejaba, lo intuía, y le daba el cariño que él tanto necesitaba. Toda la carga de rabia que Mharta había contenido estalló en una nube gris de rabia... ella también había perdido a Orrel, y ahora, nunca jamás lo volvería a ver.

Capítulo 6

HOSPITAL DE MEDICINA FORENSE ÁNGELES BLANCOS, ESTE DE HELL MIST.

Al viejo Cevil Jon no le gustaba trabajar a tempranas horas de la madrugada. A esas horas, le encantaba dormir junto a su fiel amigo Alfayate, un perro con más de cinco años de vida que parecía ser más su esposa que su compañero. Hacía mucho frío, tanto así, que sus arrugadas manos temblaban sin cesar; la habitación debía mantenerse gélida, para que los cuerpos muertos no se pudrieran y conservaran sus características. La luz LED, que iluminaba la habitación con destellos celestes, resaltaba la camilla de madera que reposaba en el centro del cuarto, rodeada de un montón de aparatos extraños a los que Cevil llamaba ayudantes del desconsuelo.

Cevil Jon caminó hasta una esquina, donde su nuevo paciente lo esperaba, aunque estaba muerto, así que no había ningún apuro. La larga bata que le rosaba las rodillas al viejo se tambaleaba con cada movimiento que daba. Últimamente Cevil estaba muy flaco, y a su juicio, casi a un pie de la tumba... Pero eso no lo asustaba: Cevil no tenía esposa, ni hijos, ni familia. Únicamente a su perro Alfayate, que también estaba al borde de la muerte. Ambos competían por el trofeo de la defunción, y eso a Cevil le encantaba.

Se posó junto al muerto arropado hasta las narices con una manta blanca, y que descansaba inactivo sobre una larga camilla rodante. Cuando retiró la manta, se encontró con un rostro casi desfigurado, hinchado, y con moretones color de uvas por todos lados; el cuerpo desnudo llevaba heridas múltiples, como si fuera golpeado con palos de madera. Los brazos estaban torcidos, y la cerviz rota aumentaba el volumen de su cuello.

<< Al parecer, eras un tipo muy admirado. >> El viejo Cevil se echó a reír, y comenzó a empujar la camilla mientras silbaba una melodía tan antigua como él.

La habitación era muy amplia, con la capacidad de recibir a más de diez muertos por día. Pero Cevil solo atendía a cuatro como mínimo; trabajar con muertos lo cansaba mucho, y más cuando llevaba treinta y ocho años trabajando en lo mismo. Cevil había deducido la causa de su soledad después de tantos años, y aunque no le importaba en lo mínimo aquello, a veces sentía cierta aflicción por su maldita suerte.

<< Al ayudante de la muerte sólo lo quieren los muertos. >> Pensó, y un millar de rostros pálidos pasaron momentáneamente por su clarividencia.

Detuvo su caminar muy cerca de la mesa de madera que descansaba en el centro de la habitación, y sacó de los amplios bolsillos de su bata Blanca un lápiz y un pequeño cuaderno de notas. Con el pulso diestro, escribió en el cuaderno casi sin esfuerzo:

CASO NUMERO 2285, ORREL DI STEFANO, DETECTIVE, 45 AÑOS DE EDAD. ANALISIS CORPORAL:

Se detuvo. Tomó dos guantes de goma blanca, y arropó sus manos con ellos. Palpó suavemente sobre el rostro de su acompañante, y sintió como la piel fría se le hundía entre la goma blanca que cubría sus dedos; unos cuantos huesos faciales sonaron cuando la mandíbula fue abierta por el viejo.

<< Pobre de ti, te destrozaron hasta la madre >> Cevil Dibujó una sonrisa que resaltó sus arrugadas mejillas.

Tras varias horas de análisis exhaustivo, Cevil no encontró nada más que un desgarre cerebral, unas fracturas musculares, politraumatismos, y unos que otros hematomas febriles.

Volvió a tomar el cuaderno, y anotó sus conclusiones que aunque parecían insignificantes, eran tan obvias como necesarias. Luego, arropó al muerto nuevamente; la manta blanca le asentaba bien a la inercia física de su compañero.

<< Otro trabajo hecho, otro muerto listo para los gusanos >>

Pero ese muerto no era un muerto cualquiera. En sus más de treinta y ocho años trabajando para el hospital forense, Cevil nunca había visto algo tan misterioso como aquello.

—Ha caído la lluvia de sangre sobre Hell Mist.

Y, aunque estaba seguro de aquellas palabras ancestrales, por su mente únicamente pasaban preguntas y más preguntas..., que quizás, un viejo de sesenta y un años era incapaz responder.

Capítulo 7

EXTRACTO DEL DIARIO DE CRÓNICAS HELL MIST

POR: SHIREEL NIVERSON

La vida, montaña rusa que te lleva a rumbos inciertos; A veces subes senderos maravillosos y en ocasiones bajas a destinos plagados de dolor ¿Cuánto cuesta vivir en esta sociedad? ¿Cuál es el precio de la justicia?, quizás no puedo responder esas preguntas inundadas de misterios, pero si tengo certeza del dolor que causan a mí alma.

Ayer a muy altas horas de la noche, la muerte cobró una vida más; la muy hábil utilizó la mano del hombre para lograrlo... Sí, la mano despiadada de un monstruo sin misericordia. No puedo por lo menos imaginarme como sucedió aquello, tampoco hacer una imagen viva del dolor que sufrió aquella pobre alma portadora de verdad. Sin embargo, algunas voces de mi cabeza han contribuido en pequeña medida a encontrar algunos clavos que faltan en todo este pergamino enrollado.

Quizás no les suene tan extraño el nombre del presunto culpable que en mi opinión, ha desgraciado este suburbio. Pero he de admitir que no precisamente pueda ser ella, sí... ella: La Viuda del Nueve Once.

Desde que La Señora Federica Spilber llegó a Hell Mist, la lluvia de sangre no ha parado de cesar. Primero el sabueso Grenm Stuart. Luego su marido el viejo Marqués, y ahora como última estocada, el sabueso Orrel Di Stefano. Mi corazón estalló de ira cuando recibí la noticia de la muerte de Orrel, y mis ojos expulsaron gotas de agua tristes y sin color. Maldije a la viuda del Nueve Once hasta quedarme dormida en el sofá de mi apartamento. Cuando desperté, ilusionada con la estúpida idea de que todo había sido un sueño, me encontré con la despiadada realidad. Volví a llorar por muchas horas, y a maldecir una y otra vez.

Hell Mist había sido un suburbio de paz, o al menos para mí. Hasta hace tres años, fecha exacta de la llegada de la viuda a este suburbio, mis relatos hablaban de cosas cotidianas y sin valor alguno. Recuerdo que la mayoría de los lectores de este diario, se saltaban con ira mi escritura sin sabor. Y ahora sé querido lector por lo que habías pasado con las anteriores crónicas que expresaban más irrealidades que la fantasía misma; por esa razón fue que decidí cambiar la objetividad de mis relatos, pensando únicamente en sumergirme en la realidad.

Debo admitir, no como un alago, que la señora Spilber le dio sentido a mi vida. Descubrí la verdadera esencia de una mujer que asesina a cualquiera que le cause problemas. Detrás de la Viuda del nueve once hay mucho misterio, y yo he de descubrir cada uno de ellos. Sé que no me

conviene meter mis narices en lagos profundos, pero estoy cansada de tantas muertes dolorosas que empañan a esta ciudad.

No pretendo creer en el cuento de la justicia barata de los sabuesos, y tampoco adjudicarme el cargo de uno de ellos. Solo quiero justicia para esa mujer, y sé que tú también la quieres querido lector. Aunque he de advertirte que nuestras vidas correrán peligro, y quizás, en cualquier momento estaremos acorralados. Pero no tengamos miedo alguno, el largo camino hacia la verdad tiene sus recompensas.